

Santo Tomás de Aquino

(REDA.) Después que fue anunciada la resurrección por el ángel, San Mateo aseguró que también conocieron los discípulos al Señor, diciendo: "Y los once discípulos se fueron a Galilea, al monte, a donde Jesús les había mandado"; porque cuando el Señor iba a padecer, había dicho a sus discípulos: "Después que resucite os precederé a Galilea"; el ángel había dicho también a las mujeres: "Decid a sus discípulos, que va delante de vosotras a Galilea"; por lo que los discípulos obedecen al mandato del Maestro. Puntualmente los once se presentan y le adoran: uno de los discípulos ya había perecido y fue el que había entregado a su Señor y Maestro.

(SAN JERONIMO) Por lo tanto, Jesús fue visto en el monte de Galilea después de su resurrección, y allí fue adorado; y aun cuando algunos lo duden, su duda aumentara nuestra fe. Sigue: "Y cuando 10 vieron, le adoraron; mas algunos dudaron".

(SAN REMIGIO) Esto lo refiere mas extensamente el evangelista San Lucas: dice, pues, que cuando el Señor resucite de entre los muertos, y se apareció a sus discípulos, ellos asustados creían que veían un espíritu

(RABANO) El Señor se les apareció en un monte, para dar a entender que el cuerpo que había tornado de la tierra al nacer, como sucede a todos los hombres, cuando resucitó ya estaba elevado sobre todas las cosas terrenas, y enseñaba a los fieles que si deseaban ver como El la magnificencia de la resurrección, deben pasar aquí de las bajas pasiones a las aspiraciones más elevadas. Además, Jesús precede a sus discípulos en Galilea, porque Jesucristo resucitó de entre los muertos, estableciendo así las primicias de los que mueren. Siguen también los que son de Jesucristo y pasan a su imitación, de la muerte a la vida, contemplando a la divinidad en su esencia; por esta razón sucedió todo esto en Galilea, que quiere decir revelación.

(SAN AGUSTIN.) Pero debe considerarse como pudo ser visto el Señor en Galilea de una manera corporal, siendo así que se sabe que no fue visto en el mismo día en que resucitó; porque fue visto en Jerusalén en el mismo día, pero fue al principiar la noche, como dicen claramente San Lucas y San Juan, que en esto están conformes; ni tampoco en los ocho siguientes días, después de los cuales, dice San Juan que se apareció el Señor a sus discípulos, cuando por primera vez se apareció a Santo Tomás que no le había visto en el día de su resurrección: a no ser que alguien diga que no fueron los once discípulos que ya entonces se llamaban apóstoles, sino que estuvieron allí otros once discípulos del gran número de los que Jesús tenía. Pero se ocurre una dificultad en contrario: que San Juan cuando lo refiere, no dice que estaban los once en el monte, sino junto al mar de Tiberiades, y que fueron siete los que vieron al Señor cuando estaban pescando; (dice) : "Ya era esta la tercera vez en que Jesús se aparecía a sus discípulos"; pero esto

debe entenderse respecto del número de días, y no respecto del número de manifestaciones; y si queremos en tender que dentro de los ocho días antes que Santo Tomas le viese, el Señor fue visto por los once discípulos, esta no era la tercera manifestación, la que tenia lugar junto al mar de Tiberiades, sino la cuarta; y por esto debemos comprender, que después de todas estas cosas sucedió el acto de ver los once discípulos al Salvador en el monte de Galilea. Encontramos también que los cuatro evangelistas están conformes en decir que el Señor fue visto por los hombres diez veces después de su resurrección; una en el sepulcro, por las mujeres; otra por las mismas cuando salían del sepulcro y en el camino; la tercera vez, por San Pedro; la cuarta, por dos discípulos que iban al castillo; la quinta por machos en Jerusalén, donde no estaba Santo Tomas; la sexta, cuando fue visto por Santo Tomas; la séptima, junto al mar de Tiberiades; la octava, en el monte de Galilea, como refiere San Mateo; la novena, como dice San Marcos, cuando estaban recostados, porque ya no pertenecían a la tierra, sino que debían de ser convidados por el Señor; la decima, en el mismo día, no ya sobre la tierra, sino elevado en las nubes cuando subía a los cielos, lo que refieren así San Marcos y San Lucas; pero como dice San Juan, no fueron escritas todas las cosas; de donde se deduce que el trato del Salvador con sus discípulos era frecuente en el espacio de cuarenta días, antes de su ascensión a los cielos.

(SAN REMIGIO.) Y cuando vieron los discípulos al Señor; le conocieron, por cuyo motivo, postrándose en tierra lo adoraron; por cuya razón el Maestro piadoso y elemento, para arrancar de sus corazones toda clase de duda, aproximándose a ellos, les confirmó en la fe; por lo que sigue: "Y llegando Jesús les habló diciendo: se me ha dado toda potestad en los cielos y en la tierra".

(SAN JERONIMO.) Le había sido dada esta potestad a Aquel que poco antes había sido crucificado, que había sido encerrado en un sepulcro, y que resucite después.

(ILUANO.) No puede decirse esto en cuanto a la divinidad, por la que era coeterno con el Padre, sino respecto de la humanidad que había tornado en la tierra, y en virtud de la cual se había rebajado hasta ser poco menos que los ángeles.

(SEVERO.) Por lo tanto, el Hijo de Dios comunicó al Hijo de la Virgen, Dios al hombre, la divinidad a la carne, lo que siempre posee con el Padre.

(SAN JERONIMO.) Se le dio toda potestad en el cielo y en la tierra, porque Aquel que antes solo reinaba en el cielo, debía reinar ahora en la tierra por medio de la fe de los creyentes.

(SAN REMIGIO.) Esto ya lo había dicho el Salmista cuando se refería a la resurrección del Señor: "Lo has constituido sobre todas las obras de tus manos", y esto es lo que ahora dice el Señor: "Me ha sido dada toda potestad en el cielo y en la tierra". Y aquí debe entenderse que antes que el Señor resucitase de entre los muertos, ya sabían los ángeles que estaban

sujetos al Dios hombre: y queriendo Jesucristo dar también a conocer a los hombres que se le había dado toda potestad en el cielo y en in tierra, les mandó predicadores para que anunciassen la palabra divina a todas las naciones. Por esto sigue: "Id, pues, y enseñad a todas las gentes".

(BEDA.) El que había dicho antes de su pasión: "No vayáis por el camino de los gentiles"; cuando resucitó de entre los muertos, les dijo: "Id, y enseñad a todas las gentes", por lo que se confunden los judíos, diciendo que Jesucristo había de venir únicamente para su salvación. Avergüéncense también los donatistas, que deseando encerrar en una localidad la misión de Jesucristo, dijeron que únicamente había venido para salvar a los africanos, y no a los habitantes de las demás naciones.

(SAN JERONIMO.) En primer lugar enseñan a todas las gentes y después de enseñadas las bautizan con agua; no puede suceder que el cuerpo sea quien reciba el sacramento del bautismo, a no ser que el alma reciba antes la verdad de la fe; por esto dice: "Bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo"; porque siendo una misma la divinidad de estas personas, debía ser una misma la gracia que concediesen; la palabra Trinidad significa un solo Dios.

(SAN SEVERO.) Por lo tanto, todas las naciones son dirigidas hacia su salvación por la misma potestad que las crió para in felicidad eterna.

(DIDIMO) Aun cuando puede existir algún demente, que se empeñe en bautizar suprimiendo algunos de los nombres antedichos (esto es, oponiéndose a la ley de Jesucristo), bautizará, pero sin perfección; edemas no podrá librar del pecado a aquellos a quienes creyese bautizados. De esto se deduce cuán indivisible es la esencia de la Trinidad; y que el Padre es verdadero Padre del Hijo, que el Hijo es verdadero Hijo del Padre, y el Espíritu Santo, es verdaderamente el Espíritu del Padre y de Dios Hijo; y que además lo es de la sabiduría y de in verdad, que es el Hijo. Este es el fundamento de la felicidad de los creyentes, y toda la economía de la ciencia religiosa este basada en este Trinidad.

(SAN HILARIO.) ¿Qué hay que puede contribuir a la felicidad de los hombres, que no este contenido en este misterio? Todo está perfecto y concluido en el: tiene el nombre de su naturaleza en el Padre que El solo es Padre, porque su paternidad no proviene de otro al modo humano; El mismo es ingenito, eterno, y tiene en si la propiedad de subsistir siempre; únicamente le conoce el Hijo, etcétera. Pero el Hijo es la descendencia del ingenito, uno de uno, verdadero de verdadero, vivo de vivo, perfecto de perfecto, poder de poder, sabiduría de sabiduría, gloria de gloria, imagen de Dios invisible, forma del Padre ingenito. El Espíritu Santo no puede separarse de la confesión esencial del Padre y del Hijo; y en verdad, ninguna parte falta este consuelo de nuestra esperanza: es la prenda de las futuras promesas en los efectos de sus dones; es la luz de las inteligencias, y el esplendor de las almas. Todo esto, aun cuando los herejes no pueden cambiarlo, lo quieren acomodar a in humane inteligencia, porque Sabelio dice que el Padre está en el Hijo, y cree que esto más bien es cuestión de nombres que de realidades, porque nombra

indiferentemente al Padre o al Hijo; Elbión se esfuerza en demostrar que todo principio está en María, diciendo, que en cuanto hombre no procede Jesucristo de Dios, sino que en cuanto Dios procede del hombre; los arrianos dicen que la forma, la sabiduría y el poder de Jesucristo, en cuanto Dios, proceden de la nada y han principiado en el tiempo. ¿Qué de extraño tiene que piensen también del Espíritu Santo de diferente modo, si son tan temerarios que invierten y mudan tales cosas, respecto del Hijo de quien también precede el Espíritu Santo?

(SAN JERONIMO.) Este orden se considera como esencial; mandó a sus apóstoles que enseñasen primero a todas las gentes, después que los bautizasen con el sacramento de la fe, y que después de la fe y del bautismo les enseñasen todo lo que debían hacer. Por esto sigue: "Enseñándolas a observar todas las cosas que os he mandado".

(RABANO.) Así como el cuerpo este muerto cuando carece de espíritu, la fe este, muerta cuando carece de obras.

(SAN JUAN CRISOSTOMO.) Y como les había hecho encargos de grande importancia, queriendo animarlos les dice: "Y mirad que yo estoy con vosotros todos los días, hasta la consumación de los siglos". Como diciendo: y no digáis que es difícil cumplir lo que se os manda, porque estoy yo con vosotros, que todo lo facilito. No dijo que estaría con ellos, sine con todos los que creyesen des piles de ellos; por lo tanto, hay que decir que los apóstoles no vivirían hasta la consumación de los siglos, en atención a que estas palabras de ben entenderse como dirigidas a todo el cuerpo de fieles.

(RABANO.) De aquí se desprende que no habrán de faltar fieles que sean dignos de in eterna felicidad hasta la consumación de los siglos.

(SAN JUAN CRISOSTOMO.) Les recuerda la consumación de los siglos, pare mejor atraerlos; y pare que no solo vean lo presente, sino que edemas conozcan aquellos beneficios que habrán de permanecer siempre; como diciendo: la aflicción que sufriréis concluirá con este vida; pero vendrá después la otra que no tendrá, fin; y los beneficios de que disfrutareis, subsistirán siempre.

(BEDA.) Se pregunta como dice: "Yo estoy con vosotros", cuando dice en otro lugar: "Voy a Aquel que me envió"; porque unas cosas son las que pertenecen a la humanidad, y otras las que pertenecen a la divinidad. Ira al Padre por la humanidad, y permanece con sus discípulos, en cuanto a la divinidad. Respecto de lo que dijo: "Hasta la consumación del siglo", pone lo finito por lo infinito: porque el que en la vida presente permanece con sus escogidos (protegiéndolos), también estará con ellos después que este haya concluido, premiándolos.

(SAN JERONIMO.) El que promete estar con sus discípulos hasta in consumación del siglo, manifiesta que ellos habrán de vencer siempre, y que El nunca se habrá de separar de los que crean.

(SAN LEON, Papa.) Y el que sube a los cielos, no abandona a los adoptados; sino que los alienta a la paciencia, a la vez que los invite a in gloria: de cuya gloria nos haga participantes el mismo Jesucristo, Rey de In gloria, que es Dios bendito, por todos los siglos. Amen.

(Santo Tomás de Aquino, Catena Aurea, tomo II, Cursos de Cultura Católica, Buenos Aires, 1946, pp. 84-90)